

# Sobre las geografías del malestar en Europa

*Entre millones de ciudadanos se ha instalado la inseguridad y la incertidumbre, las dos características más destacables de este nuevo tiempo. Tal vez, incluso más significativas que la desigualdad. Una inseguridad y una incertidumbre crecientes, que no solamente tiene sus causas en motivaciones de índole económica sino también en el terreno de las identidades, que hace que millones de europeos miren de nuevo hacia atrás reclamando más Estadonación y menos Europa. Por eso, nuestras sociedades se repliegan. Y los partidos tradicionales, en especial desde las izquierdas, tienen crecientes dificultades. Los parlamentos se fragmentan porque la sociedad se ha fracturado. Porque además amplios sectores ciudadanos hace tiempo que dejaron atrás las antiguas fidelidades y otros millones de nuevos electores nunca la tuvieron. Y en esas aguas es donde mejor se mueven los nuevos populismos, de derecha y de izquierda, que hoy se han instalado en el seno de nuestras sociedades.*

Las cosas no están bien en Europa. Si millones de ciudadanos perciben que las cosas no están bien en Europa, es porque no están bien. Milanovic ha demostrado que los trabajadores de Occidente ocupan la parte baja de la sima, mientras que solo una pequeña minoría global se mantiene en la cima de los ingresos y de la concentración de la riqueza.<sup>1</sup> Es cierto, como han demostrado Piketty y Sáez, que en Europa occidental las cosas no han llegado a los niveles de concentración de la renta y la riqueza de EEUU, pero no es menos cierto que las tendencias hacia un aumento de las desigualdades intraestatales son muy claras y además no remiten.<sup>2</sup> Pese a ello, las élites económicas insisten en la aplicación de unas determinadas políticas que perjudican a la mayoría, fracturan nuestras sociedades, erosionan severamente la cohesión social y con ello socavan los cimientos más básicos de nuestras democracias.

Joan Romero es  
catedrático de  
Geografía  
Humana en la  
Universidad de  
Valencia y  
miembro del  
Instituto  
Interuniversitario  
de Desarrollo  
Local (IIDL)

<sup>1</sup> B. Milanovic, *Desigualdad mundial*, FCE, México, 2017.

<sup>2</sup> T. Piketty y E. Sáez, «Inequality in the long run», *Science*, 23 de mayo de 2014, vol. 344, núm. 61862014, disponible en: <https://eml.berkeley.edu/~saez/piketty-saezScience14.pdf>

## Tiempos precarios, tiempos confusos

Inseguridad, incertidumbre, complejidad, fragmentación, vulnerabilidad, pesimismo, desconfianza, repliegue, resentimiento, miedo, ira... y velocidad de los cambios en un mundo cada vez más interdependiente. Millones de ciudadanos se sienten perplejos al advertir los procesos de movilidad descendente mucho más nítidos que la apertura de nuevas oportunidades de progreso personal y ascenso social. Muchos ciudadanos europeos, trabajadores y sectores de las clases bajas y medias, manifiestan esos sentimientos encontrados, a la vista de la velocidad de los cambios en curso, de la crisis de algunos sectores productivos, de la evolución de los mercados de trabajo, de las dificultades de incorporación de los jóvenes al mundo laboral, de las consecuencias de los recortes sociales, de la impotencia de sus respectivos parlamentos para resolver sus problemas, de los escenarios demográficos previstos a medio plazo y sus implicaciones en el mapa de pensiones o de la creciente presencia de nuevos inmigrantes.

Vivimos en una especie de “presente comprimido” en el que a las puertas del fracaso de la utopía globalista neoliberal, el mundo de las izquierdas, también fracasadas, instalada en su melancolía, se siente incapaz de construir un relato consistente y coherente para esta nueva era. Lo ha explicado de forma magistral Enzo Traverso: la “cesura histórica” de finales de los ochenta significó el final de las utopías del siglo XX. Los nuevos movimientos que se inician a partir de ese final anticipado del siglo XX ya no son una continuidad de los movimientos anteriores. El siglo XXI ha surgido sin utopías, sin “horizonte de espera”. Los marcos de transición de la memoria, los vínculos con el pasado, se rompieron y la política del siglo XX, con sus partidos y sindicatos de masas, ya son historia. En ese tiempo, los movimientos sociales otorgaban a cada uno un sentido de pertenencia que trascendía a su propia situación individual. Esta cesura histórica explica por qué las nuevas revueltas sociales no se remiten a antiguos relatos ni utopías. Carecen de árbol genealógico, y esa puede ser su fuerza, pero en el momento presente es su debilidad. Tienen una gran fuerza creadora, pero al no inscribirse en una tradición histórica tienen un carácter efímero. Estaríamos así ante un “mundo comprimido en el presente” marcado por una aceleración permanente del tiempo sin estructura pronóstica. Y en esa temporalidad el futuro genera miedos.<sup>3</sup>

De ahí que sea difícil poder hablar de movimientos. Podría decirse que más allá de los dos grandes movimientos globales (el ecologista y el feminista), el nuevo paisaje social viene definido por la existencia de revueltas o explosiones sociales, más o menos efímeras, pero sin otra vocación que la de manifestar el malestar o la ira ante situaciones concretas, y por la volatilidad en la adhesión a opciones políticas de millones de europeos. Y en este contexto, la izquierda tradicional, muy especialmente la socialdemocracia, ha per-

<sup>3</sup> E. Traverso, *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019

dido la capacidad de representar ese descontento, y de eliminar la incertidumbre y el miedo.<sup>4</sup>

Uno de los rasgos más destacables de esta nueva geografía de los “superfluos”,<sup>5</sup> es que una parte significativa, empujada hacia abajo y hacia los márgenes, ha quedado a la intemperie. Al menos así lo perciben ellos. Y los datos lo corroboran cuando evidencian el adelgazamiento de unas clases medias empobrecidas y empujadas hacia abajo y hacia los márgenes que «apuntan con un dedo acusador hacia las élites, para quienes son invisibles, pero también hacia abajo, hacia los pobres, que sienten que no merecen atención y que son injustamente tratados».<sup>6</sup>

---

**Estamos ante un auténtico cambio de época donde se producen grandes “desacoplamientos” o “dislocaciones” que tienen dimensión global, pero que han afectado muy especialmente a los trabajadores de Europa**

---

Estamos ante un auténtico *cambio de época* donde se producen grandes “desacoplamientos” o “dislocaciones” que tienen dimensión global pero que han afectado muy especialmente a los trabajadores de los países de la OCDE y, en especial, de Europa. Casi ninguno ha traído buenas noticias para las sociedades europeas. Algunos de los más significativos son: a) entre *crecimiento e igualdad*; b) entre *Estados y mercados*; c) entre *sistema financiero y economía real*; d) entre *el trabajo como recurso global y los mercados de trabajo que siguen siendo locales*, y e) muy especialmente *entre Estado, soberanía y democracia*. El nuevo “imperio” ya no es una entidad que se pueda dibujar en un mapa.<sup>7</sup> Los nuevos imperios son los Google, Amazon, Facebook o Apple (los llamados GAFAs). Podemos proseguir con la “teatralización de la soberanía”, con la construcción física o metafórica de nuestras particulares “empalizadas”,<sup>8</sup> pero sabemos que solo consiste en un intento de las élites en proporcionar un placebo social, una imagen tranquilizadora para los inseguros ciudadanos. Hoy, la autonomía de lo político en la escala del Estado-nación –pensamos ahora en una Europa integrada por decenas de pequeños Estados que no quiere ocuparse del futuro como actor político global– muchas veces queda reducida a la gestión de lo cotidiano y las

---

<sup>4</sup> W. Streeck, «El imperio europeo se hunde», *Ctxt*, 13 de marzo de 2019, disponible en: <https://ctxt.es/es/20190313/Política/24878/neoliberalismo-union-europea-alemania-wolfgang-streeck-miguel-mora.htm>.

<sup>5</sup> U. Beck, «La revuelta de los superfluos», *El País*, 27 de noviembre de 2005, disponible en: [https://elpais.com/diario/2005/11/27/opinion/1133046007\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2005/11/27/opinion/1133046007_850215.html).

<sup>6</sup> F. Fukuyama, *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*, Planeta, Barcelona, 2019, p. 103

<sup>7</sup> Z. Bauman, *Europa. Una aventura inacabada*, Losada, Madrid, 2006, p. 87.

<sup>8</sup> W. Brown, *Estados amurallados, soberanía en declive*, Herder, Barcelona, 2015, p. 67.

diferencias entre gobiernos, a cuestiones de detalle. Y, además, porque así lo han decidido las élites, aplicando una estricta agenda neoliberal mediante un original e inédito proceso de toma de decisiones.<sup>9</sup> Por último, probablemente también se ha producido una profunda *dislocación psicológica* en palabras de Fukuyama.<sup>10</sup>

Asistimos también a un doble proceso, paralelo y divergente. De una parte, un proceso de *secesión y concentración*. Los ricos se separan del resto. En paralelo, en parte como consecuencia de estos grandes desacoplamientos, asistimos a lo que Harvey define como procesos de «acumulación a través de la desposesión»<sup>11</sup> y Saskia Sassen ha descrito como procesos de *expulsión*, sea en sentido metafórico o real.<sup>12</sup> Para el caso de Europa estos procesos pueden hacerse extensivos a distintos planos: a) de los mercados de trabajo estables y seguros hacia nuevas formas precarias e inestables de organización del trabajo que afecta a millones de trabajadores de todas las edades y sectores, muchos de los cuales viajan por la vía de servicio en un metafórico “quinto vagón” al que se le ha quitado la clavija y ahí permanecen “anclados”, en ocasiones durante todas sus vidas;<sup>13</sup> b) de los espacios tradicionales ocupados por unas clases medias cada vez más inseguras, fragmentadas y, en parte, replegadas y radicalizadas, hacia nuevos e inciertos contextos marcados por una imparable “carrera hacia abajo”; c) de los ámbitos de protección social y del acceso a derechos públicos y universales. La agenda neoliberal reduce derechos, prestaciones y beneficiarios y “expulsa” literalmente del sistema a grupos enteros de población de servicios públicos crecientemente mercantilizados, sea del sistema educativo, de la sanidad, de la vivienda, de servicios de atención a personas dependientes, de los programas de protección contra el desempleo o de la justicia; d) de la esfera en la que como ciudadano eres considerado imprescindible para la sociedad, en la medida en que las transformaciones en el mercado de trabajo no solo nos hará más precarios sino más prescindibles de la mano de las TIC; e) del nivel de reconocimiento como ciudadanos de primera o de países a los que se ha llegado como inmigrante (incluso siendo ciudadano de la Unión Europea); f) de la política (en tanto que los Estados han visto reducir dramáticamente sus espacios de soberanía) y de la democracia representativa (en tanto que los ciudadanos votamos pero nuestra capacidad real de decidir se reduce). Pero, sobre todo, por el riesgo de que la desafección aumente y nuevas generaciones literalmente se autoexcluyan de los procesos electorales por entender que el sistema no se ocupa de ellas y no les representa.

La nuestra es una sociedad nueva y distinta en la que se ha producido una pérdida de centralidad de la clase obrera tradicional y han aparecido los nuevos proletarios de servi-

<sup>9</sup> A. Ariño y J. Romero, *La secesión de los ricos*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2016.

<sup>10</sup> F. Fukuyama, *op.cit.*

<sup>11</sup> N. Benach y A. Albet (eds.), *David Harvey. La lógica geográfica del capitalismo*, Icaria, Barcelona, 2019.

<sup>12</sup> S. Sassen, *Expulsiones. Brutalidad y complejidad de la economía global*, Katz, Madrid, 2015.

<sup>13</sup> G. Standing, *El Precariado*, Pasado y Presente, Barcelona, 2013, p. 51.

cios. Una estructura social marcada por procesos en los que se han perdido gran parte de los elementos de solidaridad y de los llamados vínculos sociales. Una sociedad cada vez más desconcertada en la que los ciudadanos reclaman a los poderes públicos seguridades que ya no pueden garantizarle como antes. De ahí episodios espasmódicos de repliegue desde hace años (Austria, Holanda, Francia, Alemania, Reino Unido, Suiza, Italia, Finlandia, Dinamarca...) y tentaciones de desandar parte del camino, de reclamar muros y vallas (sean reales o metafóricos), recuperando incluso las fronteras nacionales en la creencia de que, de ese modo, se pueden garantizar la producción, el empleo, la seguridad, el control de la inmigración o la identidad nacional.

---

La nuestra es una sociedad nueva y distinta en la que se han perdido gran parte de los elementos de solidaridad y en la que los ciudadanos reclaman seguridades que ya no pueden garantizarles. De ahí los repliegues nacionales y reclamar muros y vallas (sean reales o metafóricos)

---

## La política económica de la inseguridad

Las élites abandonaron la «resignación reformadora» en cuanto el muro de Berlín cayó. Ulrich Beck lo resumió aludiendo a «la política económica de la inseguridad».<sup>14</sup> No se trataba de un accidente en el camino. Gran parte de estas transformaciones tenían que ver con la radical transformación en las formas de organización del trabajo con todo lo que ello implicaba. Lo analizó a final de los noventa Sennett en *La corrosión del carácter*,<sup>15</sup> y cobra todo su sentido también en Europa. Textos posteriores del mismo autor, como *La cultura del nuevo capitalismo* no hacen más que corroborar lo que ya anticipó llevando el análisis de procesos hasta el momento presente. Lo cierto es que la *Cuestión Social* ha vuelto a la agenda en Europa y merece toda la atención,<sup>16</sup> porque en afirmación de Tony Judt,<sup>17</sup> «como sabían muy bien los grandes reformadores del siglo XIX, la Cuestión Social, si no se aborda, no desaparece. Por el contrario, va en busca de respuestas más radicales».

---

<sup>14</sup> U. Beck, «La política económica de la inseguridad», *El País*, 27 de mayo de 2012, disponible en: [https://elpais.com/elpais/2012/04/27/opinion/1335552968\\_819732.html](https://elpais.com/elpais/2012/04/27/opinion/1335552968_819732.html).

<sup>15</sup> R. Sennett, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en del nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2000.

<sup>16</sup> J. Romero, «De nuevo la Cuestión Social en Europa. Una visión alternativa a la del pensamiento conservador y agenda para la investigación», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, 10 de julio de 2013, vol. XVII, núm. 444, disponible en: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-444.htm>.

<sup>17</sup> T. Judt, *Sobre el olvidado siglo XX*, Taurus, Madrid, 2008.

Hace tiempo que se ha puesto en marcha el “descensor social”. Mucho antes de 2008. Casi treinta años antes. Un proceso silencioso de consolidación de una amplia y diversa representación de ciudadanos “invisibles”, “inaudibles”, “desclasados”, prescindibles, pero también resentidos. Estos subsisten básicamente en las ciudades y las regiones urbanas y metropolitanas, pero también en regiones rurales y ciudades medias, con empleos precarios o parciales y con niveles de protección social reducidos. Una “amplia minoría” crecientemente alejada de sus representantes políticos tradicionales porque tiene la sensación de que el sistema democrático no les representa de forma adecuada. Vulnerable, sobreexpuesta a los procesos de globalización de la economía, que ha desarrollado un notable sentimiento de inseguridad económica, física e identitaria. Empobrecida, que vive en los márgenes de un sistema crecientemente desigual e injusto. Que cada vez se siente más sola en mitad de la multitud. Electoralmente imprevisible, una parte de ella cada vez más radicalizada, porque devuelve con su comportamiento electoral el mismo trato que percibe de sus representantes políticos tradicionales.

Los procesos actuales fragmentan la parte central de las sociedades. La nueva geografía de las fracturas (en plural) es amplia: en la distribución de la renta y de la riqueza, en el empleo, educativas, residenciales, culturales, digitales, de edad, de género, interclasistas e intraclasistas, y finalmente fracturas políticas. Entre un 15% y un 20% de europeos lucha ya cada día por la pura supervivencia. Los salarios se polarizan de forma muy llamativa en los extremos y cada vez es mayor el número de trabajos precarios en todos los sectores y en todos los países, el número de personas subempleadas aumenta en muchos países, se reduce el número de contratos indefinidos y se incrementa el de temporales, la bolsa que más ha crecido en muchos países es la de los bajos salarios, en varios países periféricos entre el 38% y el 45% de los salarios más frecuentes está entre una y dos veces el salario mínimo respectivo, los salarios son inferiores en el grupo de mujeres, jóvenes y trabajadores inmigrantes. Es decir, la brecha entre *insiders* y *outsiders* se hace más nítida, lo cual plantea nuevos debates, nuevos conflictos *intraclasistas* y nuevas dificultades para los partidos de la izquierda.

Guy Standing lo ha resumido con claridad: las «vidas mercantilizadas» de millones de europeos, las nuevas geografías emergentes de la precariedad en Europa.<sup>18</sup> Y lo hace de una forma tan sencilla como eficaz: enumerando y explicando las *siete formas de seguridad* propias de la sociedad industrial del siglo XX y su progresivo deterioro en la sociedad postindustrial y que han dado paso a otras tantas formas de inseguridad. Porque, como bien ha explicado Sennett, lo que está ocurriendo es mucho más que la inseguridad en las condiciones laborales o la explotación en condiciones precarias. Es un modelo. Se aplica también a la estructura de las empresas; traslada inseguridad, inestabilidad, provisionalidad al trabajo

---

<sup>18</sup> G. Standing, *op. cit.*

desarrollado por las personas, lo que les provoca elevados niveles de estrés, ansiedad y temor. Esta inestabilidad propiciada, provocada, y la ausencia de “gratificación diferida” entre los trabajadores tiene consecuencias negativas: baja lealtad institucional, disminución de la confianza informal entre los trabajadores y debilitamiento del conocimiento institucional.<sup>19</sup> Pero, por ahora, parece que el modelo proporcina a las élites más ventajas que inconvenientes.

---

Una amplia y diversa representación de ciudadanos subsisten en las ciudades, pero también en regiones rurales y ciudades medias, con empleos precarios y con niveles de protección social reducidos. Una “amplia minoría” electoralmente imprevisible y cada vez más radicalizada

---

Trabajadores más desprotegidos, más a la intemperie. *Flexi(in)seguridad*. Porque a medida que esos cambios reglamentarios en materia laboral se han generalizado y los sindicatos han ido perdiendo presencia y capacidad de interlocución, la temporalidad y la precariedad han ido ganado espacio. La seguridad y el poder siempre van de la mano y cuando el poder se ha desplazado hacia un lado, cuando la capacidad de intimidación solo reside en una parte, las posibilidades de desregular mercados de trabajo y de dejar atrás “viejos marcos de negociación colectiva” aumentan. Y de su mano, también lo hace la inseguridad.

Las desigualdades, además de dejar fracturas y cicatrices sociales, vitales y cognitivas, ocasionan fracturas políticas cuyas consecuencias para las democracias europeas y para el proyecto europeo ahora se empiezan a evaluar en toda su dimensión. En especial, desde el inicio de la última década y aún con más claridad desde el inicio de la Gran Recesión. Ahora, sabemos que las cicatrices de quienes tuvieron vidas precarias y se han hecho adultos siguen ahí, agrandadas, disimuladas, pero intactas. Sabemos que la gran concentración de riqueza, poder y capacidad de influencia política en manos de las élites económicas y grupos de interés, erosiona la aspiración de la mayoría en favor de una sociedad más democrática. Sabemos que la desigualdad es muy corrosiva y tóxica para la democracia, porque las fracturas sociales aumentan la fragmentación y la desafección política. Deberíamos saber ya, en especial quienes tienen más responsabilidad política, que una de las mayores amenazas que puede afectar a nuestras sociedades en los próximos años pueden venir de la mano de una combinación dramática que se ha ido incubando en las pasadas décadas: la suma de desigualdades crecientes, inseguridad e incertidumbre. La desigualdad «alimenta la desconfianza», afirma Therborn y la desconfianza alimenta las tentaciones de repliegue. Y el repliegue remite

---

<sup>19</sup> R. Sennet, *La cultura del nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2006, pp. 46-70.

a las fronteras físicas y mentales.<sup>20</sup> A la construcción de muros, tanto externos como en el interior de cada uno de nosotros, y estos últimos son los más infranqueables.

Diversos autores han subrayado la importancia de las fracturas territoriales al analizar las nuevas geografías del malestar. Por ejemplo, Christophe Guilluy lo ha explicado a partir de la oposición entre la Francia periférica y la gran metrópoli de París.<sup>21</sup> También con un enfoque territorial lo ha explicado Rodríguez-Pose argumentando que el malestar sería la revancha de “los lugares que no importan”.<sup>22</sup> Es evidente que el componente territorial debe ser tenida en cuenta, pero aquí se sugiere la conveniencia de analizar el proceso de urbanización y el aumento de las desigualdades urbanas,<sup>23</sup> por entender que es básico para comprender estas nuevas geografías, el sentido de las revueltas sociales y las dificultades a las que se enfrentan las izquierdas para abordarlas. En definitiva, los mecanismos que ayuden a entender mejor el malestar de aquellas “personas que no importan”.

---

**Las desigualdades, además de dejar fracturas y cicatrices sociales, vitales y cognitivas, ocasionan fracturas políticas cuyas consecuencias para las democracias europeas y para el proyecto europeo ahora se empiezan a evaluar en toda su dimensión**

---

Del mismo modo, para entender en su complejidad los procesos hasta aquí descritos es imprescindible partir de una evidencia: no es solo la economía lo que lo explica. La inmigración percibida como problema, la *brecha cultural* entre comunidades, el temor a la destrucción de la comunidad y la identidad nacional, la sensación de ser *mayorías amenazadas* en su propio país, el choque de solidaridades y el temor a la *privación relativa*, la percepción de riesgo de *desintegración del nosotros*, el fracaso de los modelos de gestión de la multiculturalidad... y tantas otras cuestiones que no solo explican el malestar sino que pueden erosionar como nunca antes el propio proyecto político europeo. Una lectura atenta de tres trabajos recientes,<sup>24</sup> que aquí no se analizan por razones de espacio pero que entiendo fundamentales, ayudarán a cualquier lectora y lector interesado a entender en toda su complejidad tanto las nuevas geografías del malestar como la emergencia de expresiones nacio-

<sup>20</sup> G. Therborn, *La desigualdad mata*, Madrid, Alianza Editorial, 2015, p. 34.

<sup>21</sup> C. Guilluy, *La France périphérique*, Flammarion, París, 2014. El Especial incluye un artículo de este autor.

<sup>22</sup> A. Rodríguez-Pose et. al., *The geography of EU discontent*, European Commission, 2018, disponible en: [https://ec.europa.eu/regional\\_policy/sources/docgener/work/2018\\_02\\_geog\\_discontent.pdf](https://ec.europa.eu/regional_policy/sources/docgener/work/2018_02_geog_discontent.pdf)

<sup>23</sup> O. Nel-lo y A. Gomà, «Geographies of discontent: urban segregation, political attitudes and electoral behaviour in Catalonia», *City, Territory and Architecture*, vol. 5, núm. 23, 2018, disponible en: <https://cityterritoryarchitecture.springeropen.com/articles/10.1186/s40410-018-0099-z>

<sup>24</sup> R. Eatwell y M. Goodwin, *Nacionalpopulismo. Por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia*, 2019, Península, Barcelona; F. Fukuyama, *op.cit.*; I. Krastev, *Europa después de Europa*, PUV, Valencia, 2019.

nal-populistas que lejos de ser un síntoma pueden convertirse en un elemento permanente de la nueva geografía electoral europea.

La nueva geografía de los nacional-populismos europeos debe ser una de las cuestiones que más nos ocupe. Nos va mucho en ello. Los episodios espasmódicos de repliegue, la emergencia de nuevos partidos que ya cuentan con amplio respaldo electoral (Noruega, Suecia, Austria, Holanda, Francia, Suiza, Italia, Finlandia, Dinamarca, Polonia, Hungría, Rumanía, Bulgaria...) y las tentaciones proteccionistas o de desandar parte del camino recuperando incluso las fronteras nacionales, obligan a hacer nuevos análisis.

## ¿Dónde quedó la batalla de las ideas? Los partidos tradicionales en el nuevo tiempo

Los tiempos han cambiado. Ha cambiado la capacidad del Estado “soberano” para formular políticas y ha cambiado la sociedad. El final de la “vieja coalición” obrera ha dado paso a un escenario completamente distinto en el que los partidos socialdemócratas tienen dificultades tanto para conseguir nuevas mayorías sociales como para formar nuevas coaliciones electorales de centro-izquierda, sean éstas “arco iris”, “púrpura” o de otro tipo. Además de la pérdida de afiliados, indicador muy significativo, y de los problemas de liderazgo, los partidos socialdemócratas han perdido apoyo electoral en grupos sociales esenciales –jóvenes y clases medias urbanas–, le disputan el territorio del voto partidos populistas, radicales o ecologistas (en ocasiones, de nueva creación) y tienen grandes dificultades para construir un nuevo discurso. Y más allá de la socialdemocracia no existen en la actualidad partidos con capacidad para aglutinar mayorías. Hay revueltas, hay muchas iniciativas innovadoras en la escala local, pero siguen dispersas, no se ajustan a las áreas de segregación social y carecen de un relato coherente. Muchas veces no lo buscan o ni siquiera cuestiona el poder político, sino que prefieren quedarse al margen. Suele ser minoritarios y muchas veces efímeros.

La lealtad del electorado europeo se ha modificado a la par que se ha modificado la estructura social. No les resulta nada sencillo encontrar hoy “bases naturales”, si es que existen, y las nuevas coaliciones electorales no tienen nada que ver con la coalición histórica, sino que ha de partir de la gran recomposición social ocurrida. La clase obrera ya no puede ser el motor, sino que lo han de ser unas clases medias cada vez más fragmentadas. Ni siquiera esa coalición electoral sería suficiente para conseguir una mayoría porque, a diferencia del electorado histórico, esa base electoral no está articulada en torno a intereses socioeconómicos (también importantes, en especial para los *outsiders* que precisan de la ayuda pública), sino por “valores culturales progresistas”: quiere el cambio, “es tolerante,

abierta, solidaria, optimista, ofensiva”, y se opone a un electorado “más inquieto por el futuro, más pesimista, más cerrado, más defensivo”.

La pérdida de lazos de solidaridad dio paso a procesos de individualización en los que la *identidad*, entendida como aquello que ocupa un vacío, pasó a constituir un lugar central en cada individuo, en un contexto en el que muchos ciudadanos, en especial muchos jóvenes europeos que se ven a sí mismos como los perdedores del proceso, prefieren el aquí y ahora del presente. Para ellos, el pasado no sirve y el futuro es incierto. Tal vez eso explique por qué los elementos ideológicos son hoy mucho menos determinantes para conservar lealtades. ¿Por qué es tan difícil construir un relato en el que la solidaridad ocupe un lugar central?; ¿por qué es tan difícil cimentar un proyecto remitiendo al futuro?; ¿por qué es tan difícil para la izquierda con vocación de gobierno conformar un relato capaz de integrar un cuerpo social cada vez más recluido en sus silos particulares, en sus identidades, como ha explicado Mark Lilla?<sup>25</sup>

---

La pérdida de lazos de solidaridad dio paso a procesos de individualización en los que la identidad, entendida como aquello que ocupa un vacío, pasó a constituir un lugar central en cada individuo. Los elementos ideológicos son hoy mucho menos determinantes para conservar lealtades

---

¿Por dónde empezar? Sin duda, por la contienda de las ideas. Pero hay que empezar reconociendo que ahora mismo no hay una alternativa coherente y consistente que se pueda contraponer al hegemónico relato neoliberal. Digámoslo con toda crudeza: los ciudadanos europeos votamos, incluso, en tres o cuatro urnas distintas, pero ¿realmente decidimos sobre las grandes cuestiones o éstas se dirimen en espacios no sujetos al escrutinio democrático? Y, por último, los mercados imponen qué tipo de gobierno debe administrar y, si el resultado de las urnas altera su hoja de ruta, acaban por darle la vuelta a la situación. Desde la Grecia de la Gran Recesión hasta el Ecuador del otoño de 2019 las soluciones siguen inspiradas en la agenda neoliberal.

Hay que construir la alternativa sobre otros fundamentos. Los campos de discusión decisivos tienen que ver con la discusión en torno al concepto de soberanía, la igualdad, con el papel del espacio público, con la redistribución de la riqueza, con la justicia social, territorial y ambiental, con la autonomía de la política y con la apuesta por la transición hacia nuevas formas de organización política, social, económica y ambiental. Pero tal vez sea imprescindible afrontar primero algunas discusiones “incómodas” para las izquierdas. Sugiero tres de

---

<sup>25</sup> M. Lilla, *El regreso liberal. Más allá de la política de la identidad*, Debate, Barcelona, 2018.

las más importantes: de una parte, repensar el gran “trilema” que plantea de globalización,<sup>26</sup> de otra cómo abordar la cuestión de la inmigración y la existencia de sociedades multiculturales y, en tercer lugar, justicia social, territorial y ambiental como pilar fundamental desde el que enfrentarse a la ola nacional-populista.

## Conclusión

Algunas cosas van quedando claras en este brumoso inicio de milenio. La primera es que crecimiento económico y aumento de las desigualdades pueden ser compatibles. Que el “derrame” de los beneficios no es para todos. El otro aspecto que más claro va quedando es que en un futuro inmediato existen más riesgos que oportunidades. Que las élites europeas no quieren realmente ocuparse de la Cuestión Social como pilar fundamental de legitimación política y de la política. Que la fuente del malestar no solo está en la inseguridad económica sino en el terreno de la identidad y de las brechas culturales asociadas a la inmigración. Que no existen liderazgos morales claros para afrontar y gestionar esta situación. Que, de seguir así, las cosas no mejorarán. Que además de las fracturas sociales que se amplían dentro de cada país, hay riesgos de fractura política. Que hay demasiadas señales de bloqueo o de posibilidad de desandar parte del camino. Que el proyecto político puede naufragar. Que hoy no hay alternativa coherente y consistente al pensamiento y a la agenda neoliberal. Que hay revueltas, malestar, inseguridad, incertidumbre y miedo al futuro, pero son efímeras y ocurren en el seno de sociedades fracturadas con grandes contradicciones interclasistas e intraclasistas. Que las izquierdas no han sido capaces de construir un relato propio, diferenciado y con voluntad de convertirse no ya en hegemónico sino sencillamente en mayoritario. Que más allá de la socialdemocracia tradicional, hace tiempo invisible e inservible como alternativa para millones de europeos, no se vislumbra ninguna opción con capacidad de convertirse en alternativa de gobierno. Que, en ese contexto, ante el fracaso de las izquierdas y ante el fracaso de la utopía neoliberal, el nacional-populismo encuentra amplios apoyos entre los perdedores de la globalización. Que el nacional-populismo, lejos de ser un fenómeno pasajero, puede ser una opción para millones de europeos. Que una vez fracasada esa opción, se abran espacios para escenarios tan desconocidos como distópicos.

Por eso es imprescindible construir nuevas alternativas desde el mundo de las izquierdas con capacidad de encauzar las geografías del malestar. Para que las democracias *low cost* adquieran mayor densidad y capacidad; para que democracia y soberanía sean conceptos que tengan pleno sentido; para que el poder tenga que escuchar; para obligarlo a cambiar. Esto es lo que nos enseña la historia. Y los ciudadanos movilizados tienen una

<sup>26</sup> D. Rodrik, *La paradoja de la globalización*, Antoni Bosch, Barcelona, 2011.

gran capacidad para llevar a las élites a la mesa de los consensos. Aún está por ver desde dónde se iniciarán los cambios profundos. Si desde arriba o desde abajo. Sin descartar, no se olvide nunca, que la moneda pueda caer del lado de versiones de democracia autoritaria. Al final, como decía Josep Fontana, maestro de muchos de nosotros, dependerá de lo que los ciudadanos organizados decidamos respecto a nuestro futuro y el de nuestros hijos. En ningún lugar está escrito que las cosas no se puedan cambiar; que los ciudadanos, con su inmensa capacidad, no puedan obligar a cambiar la actual situación. Y la agenda para las izquierdas es hoy tan compleja como apasionante.